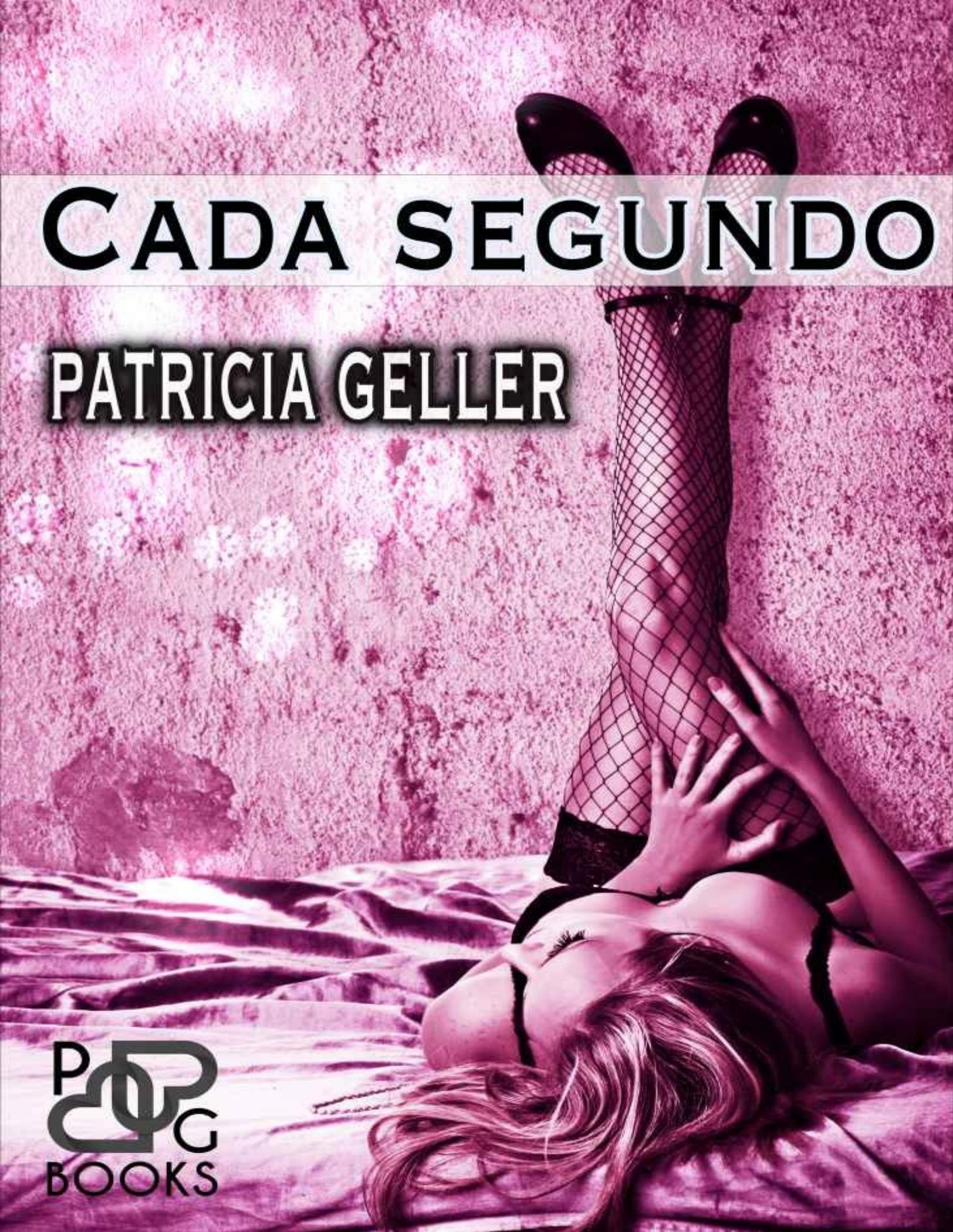
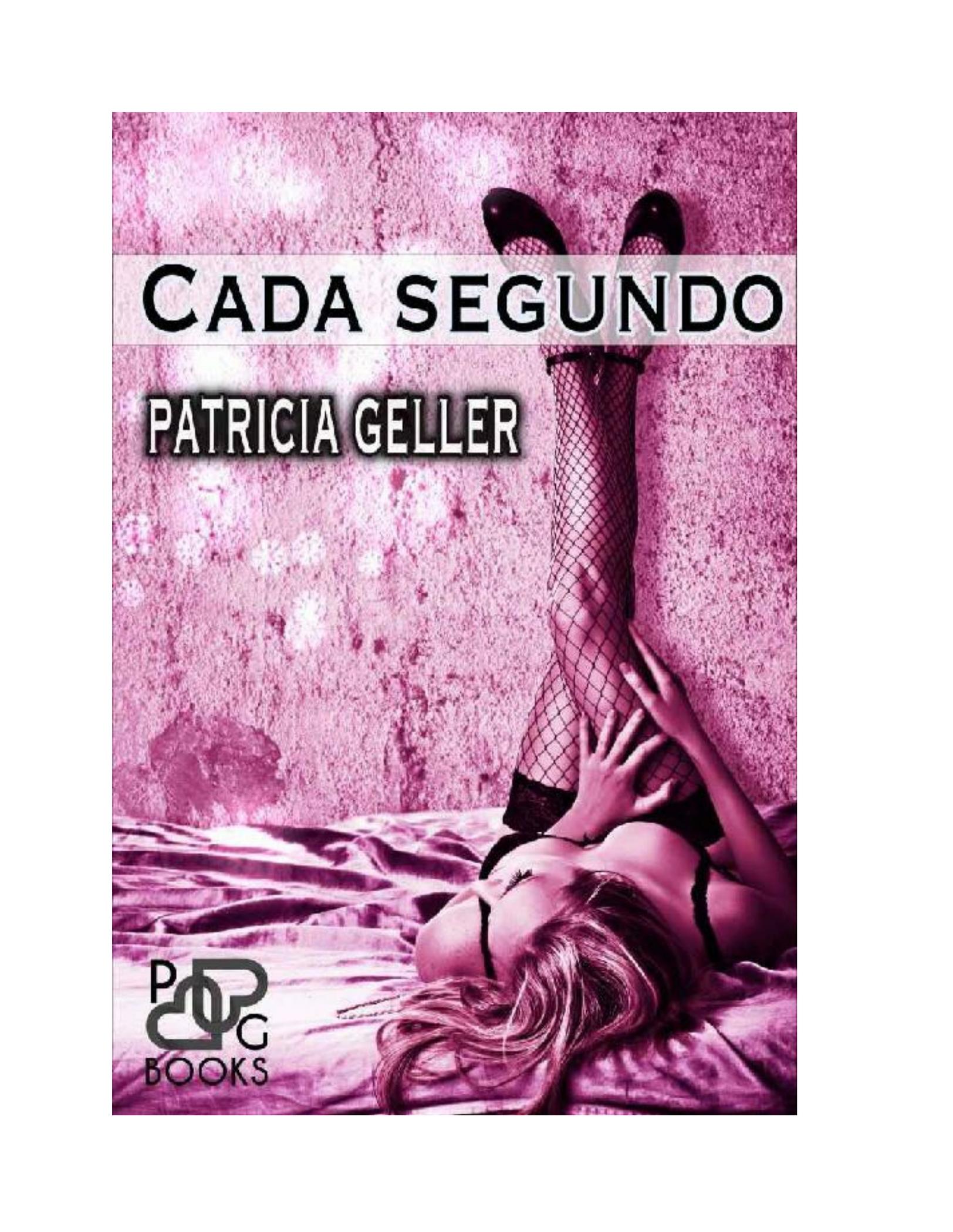


CADA SEGUNDO

PATRICIA GELLER

PG
BOOKS





CADA SEGUNDO

PATRICIA GELLER

P
O
G
BOOKS

Cada segundo

Patricia Geller

*Los personajes y sucesos que se ofrecen en esta obra son ficticios.
Cualquier parecido a la realidad será simple coincidencia.*

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra. Ya bien sea electrónica, por fotocopias, grabaciones o cualquier otro método, sin consultarlo previamente con su autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito.

©Patricia Geller, 2020

© Copyright Patricia Geller.

©Todos los derechos reservados.

Nota importante:

Hace algún tiempo, bajo otro seudónimo y antes de subirla a ninguna plataforma, publiqué esta historia en páginas online y me propusieron una idea: los finales alternativos. Yo misma he leído alguna novela en la que me enfadaba con la protagonista al saber su elección. Entonces me planteé. ¿Por qué elegir sólo uno? Pero al volver al recuperarla y publicarla como Patricia Geller, confieso que no puedo, he de decantarme por uno y es... ¡En breve lo sabréis!

¿Por qué lo recupero bajo mi autoría? La tenía guardada tras un tiempo online, ya que es diferente y quizá más arriesgada de lo que suelo publicar; por el argumento, pero últimamente en el mundo de la literatura estamos viendo prácticas que, por supuesto, no comparto; como plagiar historias de otros compañeros, adueñarse de libros ajenos aprovechando que están en otros idiomas o que ya han sido retirados. Por esto último he tomado la decisión; ya que es un modo de proteger este proyecto.

Ahora sí. ¿Empezamos?

Liam, Bryan o Enzo.

¿Y tú, a quién elegirías?

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Epílogo

Violeta Meyer es una joven que necesita liberarse de las imposiciones familiares y ha tomado la decisión de romper con su pasado, ofreciéndose como chica de compañía. Ella no imagina que, adentrándose en un mundo tan superficial, sentirá un placer diferente, conocerá a hombres que estarán dispuestos a todo por tenerla y descubrirá emociones insospechadas.

No obstante, el tiempo apremia y Violeta teme que sus sentimientos la confundan y quedarse más de lo permitido. No puede ser de nadie, pero ha de ser de otros y su entrega sólo se la cede a uno. Y quizá su corazón no está preparado para aceptarlo.

¿Y tú, con cuál te quedarías?

Prólogo

Te escribo esta carta, aunque no sé dónde estás. Has desaparecido, por favor, si algún día vuelves a tu antiguo piso, léela y búscame, llámame, siento que me voy a volver loca. ¿Qué ha pasado? Ayer, mientras me hacías el amor, confesabas «que me amabas» y hoy me mandas un frío mensaje diciendo «que me dejas, que no me quieres».

¡No te creo!

¿Has conocido a alguien? ¿Le vas a dar la razón a todos?

¡Vuelve!

Han pasado dos meses y no has vuelto. He tomado decisiones.

No me siento libre.

Estoy harta de vivir en una burbuja.

Odio que controlen a quién debo conocer, cómo y cuándo.

Te has ido y siento que lo he perdido todo con tu dura marcha.

Es hora de empezar una nueva vida.

Es hora de volar.

Capítulo 1

—Recuerda, no te quedes más tiempo del contratado. —¡Lo sabía! Era lo único que tenía claro —. Da igual cómo intenten convencerte, que lo harán. Esto es un trabajo, Violeta, no una *ONG*.

—Lo sé, Alexa. ¿Y Cloe?

—Con un cliente, llegará en un par de horas. Está en una fiesta, nada de sexo, simplemente es compañía de cara a la galería.

—Me lo imagino, es así como trabaja siempre, gana menos, pero se lo pasará bien —comenté y miré la hora.

—Lo hace por necesidad, como lo hacía yo hasta hace tres días.

—Y yo también lo haré por lo mismo.

—No lo creo, lo siento —empezó, taladrándome de nuevo la cabeza—. Tu familia tiene tanto dinero que se pueden pudrir en él.

—Tú lo has dicho. —Me incorporé. No estaba cómoda—. Es de mi familia, no mío, ya lo han dejado claro. O soy lo que ellos esperan o no tengo nada. Y prefiero lo segundo.

—¡No sabes lo qué estás diciendo!

—Alexa, no me comas el coco —me quejé, aburrida, harta del mismo sermón—. Tengo que irme. Nos vemos mañana.

—No te olvides de llevarte la maleta de mano y cuidado, tu...

—Déjalo estar ya, por favor.

¡No quería hablar más de mi familia! Sí, con ellos aparentemente llevaba una vida ordenada. Trabajando como subdirectora en la importante empresa de publicidad que había heredado mi padre. De enchufada. Era un empleo cómodo, ¿para qué engañarnos? Pero no con el que soñaba. ¡Tenía otras aspiraciones! Quizá no tan estables como ellos esperaban, sin embargo, que me ilusionaban. Que me llenaban.

Todo el mundo me juzgaba por mi presencia como una chica distinguida, fina y elegante. Vestida con los mejores diseños de las *boutiques* más conocidas de la sofisticada Nueva York. No podía negar que las ventajas que me ofrecía mi posición social me gustaba, era obvio, no tanto los compromisos que ello conllevaba o la manera en la que me veía obligada a comportarme. Había tenido que renunciar a tanto... que ya no estaba dispuesta a perder más.

Bajé las escaleras hasta el portal cuidadosamente para no tropezarme y caerme de bruces al final de éstas, sería capaz de hacer así el ridículo, era experta en ello. Llevaba tacones de aguja que ayudaban a que mi torpeza se manifestara en cualquier momento, para conjuntarlos con un vestido corto, bordado de preciosos encajes, justo por encima de las rodillas. También llevaba chaqueta y las sensuales medias que en breve promocionaría la empresa de mi familia. ¡Si supieran!

Fui al bar de enfrente, donde esperaba abandonar los nervios que alteraban cada milímetro de mi cuerpo. Allí me tomé un par de copas y me dirigí a mi destino. Y pensar que una semana atrás mi vida era totalmente distinta. Alexa, mi mejor amiga, había hecho todo lo posible para convencerme de que escogiera otro camino, pero al verla tan acomodada, acudiendo a eventos y en ocasiones satisfaciendo los deseos de otros; di por hecho que no podía ser tan malo.

Esa noche sabría si estaba equivocada.

El pacto tratado previamente con el cliente... me relajaba. El haber podido hablar con él vía telefónica antes del encuentro y conocer sus necesidades, fue primordial para que, de camino a éste, tuviera la valentía suficiente. Así trabajaría siempre. Como mis amigas y compañeras de apartamento... ya también de trabajo.

Qué ironía.

Ellas se conocieron gracias a ese mundo y sin imaginarlo, de un día a otro, yo formaba parte del grupo; las chicas de compañía.

—Hola, tengo una habitación reservada —anuncié a la recepcionista del lujoso hotel, en el cual tenía la cita—. Soy Violeta Meyer.

—El señor Parker la espera. La acompañamos. ¿Me permite?

—Sí, sí, por supuesto.

Le cedí la maleta de mano y seguí sus pasos. En el ascensor se estableció un silencio absoluto hasta que llegamos a la habitación 503, no olvidaría jamás aquel número. Ni las sensaciones que invadían a mi cuerpo justo en ese instante. Me sentía como si estuviera fuera de mí.

—Que tenga buena estancia —me dijo, retirándose.

—Gracias.

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar. Contuve la respiración al encontrarme de frente con el hombre al que ya había visto por fotografías. No por esto el impacto fue menor. Era moreno, de ojos oscuros. Elegante, alto, guapo. Imponía.

Lo primero que pensé fue: ¿para qué querría mi compañía? Si con seguridad le sobraban las mujeres y sin pagar...

—¿Pasas? —me invitó, sonriendo—. Enzo Parker, un placer.

—Violeta Meyer.

Fui tímida y lo saludé con la mano. En cuanto entramos en contacto... me di cuenta de a qué había ido. Era real. Y no supe en qué momento las rodillas me temblaron tanto... que me tambaleé.

—¿Estás bien? —preguntó, sujetándome. Quedamos muy cerca. Entonces me cuestioné si estaba preparada y no tardé en soltarme—. Tranquila, ¿puedes sostenerte?

—Sí, lo siento. Sólo ha sido un mareo.

—Aun así, siéntate, por favor.

«No muestres debilidad ni inexperiencia», decía Cloe.

¿¡Y qué hacía yo!? ¡Todo lo contrario!

—Estoy bien, no te preocupes —susurré y mantuve el tipo.

—¿Te apetece una copa?

—Sí, gracias. Me vendría bien.

Me quedé en el centro de la enorme *suite*, sin saber qué hacer o decir. Hacía calor por la calefacción, aunque fuera el frío helaba las calles de Nueva York en ese mes de noviembre.

—¿Hay algo que no te haya gustado? —quiso saber y me cedió una copa de un vino muy oscuro

Tragué negando y acepté el asiento que me ofrecía a su lado, en un sofá rojo, de cuero. La angustia fue creciendo.

—Supongo que estarás acostumbrada a este tipo de situaciones, aun así, ya te lo expliqué al

contactarte; esta noche necesitaba compañía y si tenía que surgir algo, no sería porque lo forzara. Podría haberte contratado de antemano con esa intención, sin embargo, prefiero ser sincero. He tenido uno de los peores días de mi vida y necesitaba una emoción diferente, lejos de las que ya acostumbro. Un amigo me recomendó la web y ahí estabas tú, la primera y disponible.

—Sí —titubeé sin probar el vino. ¿Y si contenía algún tipo de sustancia?—. Me agregué personalmente y la página está ordenada según vamos entrando.

—¿Eres nueva? —Se sorprendió y dio un ligero sorbo a su copa.

«*Miente si es necesario, Violeta*», había insistido Alexa.

Normal. ¡Relájate, diablos!

—Sí. Anunciándome, sí.

—Entiendo. —Se humedeció los labios y añadió—: ¿Puedo preguntar por qué una chica como tú está metida en esto?

—¿Como yo?

—Veintitrés años, ¿no? —Asentí más nerviosa—. Preciosa físicamente. Con clase. ¿Por qué?

Bajé la mirada, halagada. Su voz era brusca, pero él parecía tener tacto. No me sentía incómoda del todo. Era extraño.

—Qué más da. —Me encogí de hombros e intenté sonreír, no supe si lo conseguí—. ¿Puedo preguntar yo por qué tu día ha sido tan horrible que hayas necesitado de alguien que ni conoces?

—Ya lo has preguntado.

—¿Y cuál es la respuesta? —insistí, intrigada.

—Si te digo que hace un mes pillé a mi mejor amigo con la mujer que hoy se hubiera convertido en mi esposa y que, desde entonces, vivo hundido en la miseria, lamentándome, buscando respuestas y ya no puedo más, ¿me creerías?

—No. —Sonreí a medias—. Es una excusa muy típica.

—Ya me gustaría —masculló con un suspiro—, pero es tan real como el temblor de tu cuerpo en este instante.

Fijó la mirada en mi copa, de la que caían algunas gotas sobre mi vestido... debido a mi estado. ¡Qué torpe! Noté el sonrojo en mis mejillas al no saber controlar una situación que, una chica que se ofrecía para ese tipo de trabajos, tendría que manejar.

—¿Puedo salir un momento? —No supe de dónde salió mi voz.

—Claro, en la puerta de la derecha hay otra habitación, toda tuya. Ahí tienes el dinero, sobre la mesilla. Por si esa es tu inquietud.

—V-Vale, gracias.

Sin poderlo mirar de nuevo, me incorporé y dejé el vaso sobre la mesilla. Alcancé la maleta sin decirle nada más y me encerré allí. ¡Estaba atacada! Incluso el detalle del dinero lo había pasado por alto hasta entonces. Aun así, lo apreté entre los dedos y lo deposité en un bolsillo, en el que guardaba los documentos más importantes.

—¿Dónde te has metido, Violeta? —mascullé para mí misma—. Te ha pagado y no sólo por la compañía, todo esto; «supuestamente él» sin saber qué ocurrirá, pero es de esperar que pase. Sino ¿para qué coño va a soltar este dineral?

Enseguida busqué el móvil y para no molestar a Alexa, que estaría bastante ocupada, llamé a Cloe. Al estar en una fiesta le sería más fácil ausentarse. Supuse, no lo tenía claro. Estaba asustada.

—¿Violeta? —respondió tras dos fracasados intentos.

—Sí, necesito tu ayuda. Estoy con el empresario que se puso esta mañana en contacto conmigo y no sé qué hacer.

—No sabes... Pues menudo plan. ¿Te está tratando mal?

—No, no, todo lo contrario. Tiene una historia algo complicada y yo estoy hecha un flan. Pensé que esto no sería tan difícil, llámame ilusa, pero tengo miedo.

—Lo sabía. Si no estás preparada habla con él y sal de ahí ahora mismo. Te lo dijimos, Violeta. Acude a tu familia, ahorra una cantidad importante de dinero, no derroches como hasta ahora y, después, dedícate a lo que realmente te gusta.

—¿Y si quiero salir adelante por mí misma y rápido? No voy a rendirme, me quedaré. He decidido que sea de esta manera y es tan respetable como cualquier otra.

—¿Me lo dices a mí?

—Dame un consejo útil y deja los sermones, ¿te parece? —pedí, exasperada—. Algo que me sirva para relajarme.

—Eres tan cabeza... Déjate llevar por el ambiente, por la compañía y sabrás qué hacer.

—¡Cómo si fuera tan sencillo!

—Entonces vuelve a casa. Tengo que irme, me están esperando.

—Vale, gracias por tu ayuda —murmuré y me eché las manos a la cabeza—. ¿Estás ahí? Ya veo que me has colgado.

«¡Espabila, Violeta!», me regañé.

No era tan inocente si había llegado hasta ahí.

Me decanté por abrir la cremallera principal de la maleta, las chicas me habían ayudado a prepararla con lo necesario para una ocasión como esa. Quien decía «ayudar», podría resumirse en que yo no había guardado ni una puta prenda. Ambas terminaron encargándose de cada detalle y yo, personalmente, lo agradecía.

—¿Y esto?

¿Estaba organizado todo por secciones?

*Juegos

*Masajes.

*Sedución.

*Higiene personal.

PD: No olvides usar protección. Suerte.

—De puta madre, qué apañadas son. Ni se te ocurra llorar, Violeta Meyer —me recordé a mí misma, las lágrimas estaban ya a punto.

La escena me recordaba a una conocida película que odiaba especialmente, en la que la protagonista no sabía qué hacer con una maleta llena de prendas que no eran de su estilo y en una noche crucial para ella. Las similitudes eran patéticas, como la comparación.

Los nervios, eran los nervios...

—Señorita Meyer, ¿todo bien?

—Sí, salgo en unos minutos —contesté, tratando de sonar convincente. Pero la voz me falló.

—Ya llevas diez ahí dentro.

—Me ha surgido un imprevisto, pero no tardo.

—De acuerdo.

Me aliviaba que no pareciera enfadado, que mostrara paciencia. El miedo iba disminuyendo. Qué ironía. Me contrataba para olvidar los problemas y me estaba convirtiendo en uno de ellos.

—Vamos, deja de hacer el ridículo —me animé, tomando aire.

Saqué el conjunto negro de ropa interior; que haría una perfecta combinación con las medias de rejillas, que ya llevaba puestas, me apreté bien los tacones, volví a perfilarme los labios para matar la palidez que resaltaba en mi cara y me dejé el largo cabello suelto. Mi tez bronceada esa noche no lo parecía. Estaba apagada, como el color grisáceo de mis ojos. Tomé aire y abrí la puerta.

Enzo Parker acudió a mi lado enseguida. Volví a temblar y enredó las manos entre los primeros mechones rubios de mi pelo. Esa vez no me mostré tímida, sonreí y le ofrecí tumbarse en la cama.

—Para relajarte —le informé tras suspirar por las inesperadas y delicadas caricias que recibí de aquel desconocido. Eran en la mejilla izquierda—. Supongo que lo necesitas.

—No sé quién de los dos lo puede necesitar más —bromeó y me guiñó el ojo. Era muy guapo.

—En este caso he venido a complacerte y, aunque simplemente esperaras compañía para ahogar tus penas, es mi obligación satisfacerte. —Y añadí más vulnerable de lo que quisiera—: De hecho, agradezco que me lo estés poniendo tan fácil.

—Vaya, ¿tampoco ha sido tu día?

—No exactamente.

—Entendido, digamos que no tenías ganas de aguantar a un baboso —adivinó y volvió a sonreír.

—Aciertas. —Tragué y señalé la cama—. ¿Te apetece un masaje?

—Por supuesto.

Volví a la habitación contigua y cargué con el neceser que mis amigas habían preparado. La situación era rara, fría, pero suponía que como todo cuando nos enfrentábamos por primera vez a algo, a lo desconocido. Lo que no esperaba fue que, al regresar a la *suite* principal, Enzo Parker ya estuviese tumbado bocabajo sobre la ancha cama y semidesnudo. La única prenda de la que no se había desprendido era del bóxer. La chaqueta, camisa, zapatos y corbata... yacían en el suelo sin orden alguno.

—¿Vienes? —me propuso, ronco, mirándome por encima del hombro e incorporándose apenas un poco.

—Claro.

Me arrodillé a su derecha y saqué el aceite de olores afrodisíacos.

—Supongo que no hay que ser muy inteligente para deducir que no estás muy acostumbrada a esto. Es tu primer día, ¿verdad?

—No —balbuceé—. Quiero decir, no, yo, a ver.

—No es necesario que me des más explicaciones. —Bajé la mirada—. Siendo sincero, me halaga.

—¿P-Por qué?

—Porque no soy un desalmado que te exigirá más de lo que quisieras ofrecerme. Pero de este modo podría enseñarte a acostumbrarte. Sería un placer. Si te digo la verdad; tu ternura me está conquistando incluso más que esas medias que me vuelven loco.

¿Era una broma?

¡No podía tener tan buena suerte la primera noche!

—Cuidado, Violeta —me advirtió, sacándome del trance—. El aceite, cógelo.

—Oh, Dios, la qué he liado. Lo siento.

—Eh, tranquila.

Ambos miramos hacia la sábana, que a esas alturas ya estaba empapada del aceite derramado sobre ésta y reímos. ¡Torpe!

—Qué vergüenza, Dios mío. —Entonces fui consciente de que no servía para aquello—. Será mejor que te devuelva el sobre y me vaya.

—No, espera. —Se incorporó, me sujetó del brazo y me empujó contra él. Caímos sobre el colchón. Quedé encima de su pecho, pringada en aceite—. Sin duda eres lo que menos esperaba esta noche.

Las frases de mis amigas salieron a flote ante tanta cercanía, al estar a punto de besar a un desconocido: «una vez que has accedido, sé profesional. Pero no olvides que no todo el mundo puede, Violeta. No te obligues a pasar por un infierno».

Si para ellas se había convertido en un medio de vida y, además de ello, disfrutaban y eran felices, ¿por qué yo no? Necesitaba avanzar, salir sola adelante y en ese momento descubrí algo que me chocó. ¡No podía seguir sintiéndome muerta! Quería emociones fuertes y aquella era muy potente. Me sentiría frágil, pero viva. ¿Por qué no probar?

Finalmente me besó. Tenía un sabor suave, pero labios fieros.

Me cogió de la mano derecha y la llevó a su miembro.

Solté un quejido al mismo tiempo que su lengua se rozaba con la mía. Estaba duro, excitado. Ardía. Sus besos eran demasiado calientes como para no intuir que él en el sexo lo sería.

—Conocer tu vulnerabilidad ha despertado mis ganas de follarte —confesó y el miedo regresó a un velocidad vertiginosa.

—S-Sé paciente, por favor.

—No tengas miedo. Sólo disfruta.

Quizá me comporté como una estúpida por creerlo, pero lo cierto fue que lo hice. Me incitó a desprenderme de su ropa interior y toqué su piel, que ardió con el acercamiento. Ambos gemimos, sucumbí, sí, yo también, al igual que él... decidí cederme al placer.

Pero se separó, pasó el pulgar por la comisura de mi boca y después la lamió, para empujar mi cabeza hacia su pene. No tuve tiempo de pensarlo cuando ya me encontraba probando la húmeda punta. Succioné oyendo los gruñidos del desconocido al que complacía.

A esas alturas... la escena ya era muy subida de tono.

—Más adentro —suplicó, entrecortadamente—. Abre la boca, Violeta, chúpame. ¿Con cuántos has hecho esto?

Recordé la de veces que mi ex y yo habíamos disfrutado del sexo y quise llorar. Él era el culpable de mi soledad y me lo pagaría muy caro. Si se hubiese quedado conmigo... todo sería diferente.

—Con mi ex novio.

—No me lo puedo creer. Déjame tocarte —demandó al mostrarme más tímida—. Ahora me gustas más.

Pasó las manos por mi resbaladizo cuerpo, masajeándolo, como era mi intención al principio

con él. Y antes de dejarse ir en mi boca, se incorporó, cogió un preservativo del cajón y se lo puso. Me tumbó bocabajo, contra la cama, y me embistió por detrás. Las paredes de mi vagina se contrajeron, mis uñas pintadas de un rosa apagado arañaron las sábanas y sus labios mordieron despacio mi cuello. Pero su cuerpo y los movimientos de éste eran más crueles, dejaba claro que no me hacía el amor, que me follaba.

Al acabar... ninguno supimos qué decir. Estábamos superados por la situación, pues era mi primera noche como chica de compañía... y su primera vez con una mujer a la que pagaba por sexo.

Capítulo 2

—¿Por qué estás en esto? —gruñó, rompiendo el hielo. El silencio ya se hacía eterno e incómodo.

—Esta noche porque era mi obligación y me ha apetecido.

—No. Me has entendido perfectamente, ¿por qué te has embarcado en esto? Una mujer como tú puede conseguir lo que se proponga. Mírate, sigues temblando.

—¿Y por qué lo has hecho tú? —contraataqué a la defensiva. Alzó la ceja, confuso—. Ser comprensivo.

—¿Y por qué no? Ya te advertí al inicio de la noche que no iba a forzar nada. Me apetecía también.

Fue a besarme, pero el sonido de mi teléfono nos interrumpió. Le pedí disculpas con un gesto, dispuesta a apagarlo para que no nos volviera a molestar. Quería cumplir con mi trabajo y cobrar...

Sólo pensaba en empezar una nueva vida. Me lo merecía.

—Quizá es importante —me aconsejó y se arrimó a mí, de lado, apoyándose en el codo—. Responde, voy a darme una ducha.

—No, qué va. No quiero importunarte con asuntos personales.

—No lo harás. Adelante.

—Entonces gracias —confesé de una vez por todas—. Gracias por ser tan amable en una noche complicada para los dos.

—No hay de qué.

Me mordió el labio con ganas y se incorporó con rapidez, como si tuviese prisa. Me quedé embobada al contemplarlo de arriba abajo, desnudo, caminando con tanta clase. Era un hombre impresionante. Su pene volvía a estar erguido, excitándome hasta sentirme de nuevo húmeda. «¿Qué estás haciendo, Violeta?». Era una locura, pero que me hacía vibrar. Me olvidé de la llamada, me dejé caer hacia atrás y metí un dedo en la abertura de mi sexo. Simplemente quería más.

Descubrir esa faceta era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Me hacía olvidarme de los vacíos que había en mi vida. Y me revolqué mientras me masturbaba en la que creía la soledad de la *suite*. Pero no, allí detrás de la puerta del baño, me observaba él, Enzo Parker, con una sonrisa perversa en el rostro. Me detuve enseguida.

Fui a cubrirme muerta de vergüenza, entonces sonrió.

—Me ha encantado tanto como a ti, Violeta. Voy a llenar la bañera. Te espero ahí, pero antes, responde a la llamada, parece urgente. Por cierto, ¿te he dicho que me gusta mucho tu nombre?

—Violeta —pronuncié, risueña.

—Sí, Violeta, tienes nombre de flor y eres tan delicada como éstas, que parecen que se van a romper en cualquier momento. Anda, atiende la llamada y no tardes. Relajémoslo un rato más.

—Vale, gracias.

—Deja de darme —me reprendió, marchándose.

¡Es que me sentía agradecida! Me apetecía conocerlo, avanzar más. Pero no quería seguir

obviando el pesado sonido. Sin voz y sin fuerza, estiré la mano libre. Y sin más dilación, descolgué.

—¿Quién es?

—¿Violeta?

No, no. Di un salto, recordando que mi nuevo número de teléfono lo conocían pocas personas, entre ellas, Bryan Sanders. Se lo di desesperada dos meses atrás para que me llamara y nunca sucedió. Quise creer que seguiría apostando por mí. No lo hizo. Mis padres adoptivos tenían razón; en cuanto nos dejaron vía libre... la magia se rompió.

—¿Violeta? Háblame, ¿estás bien?

—¿Q-Qué quieres?

—¿Por qué esa voz? ¿¿Qué está pasando!?

Bryan no imaginaba que mis quejidos eran gemidos entrecortados de placer. Saqué los dedos de mi intimidad, quedándome inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Miles de sentimientos me revolviéron el estómago. Extrañaba su voz. Y a él, pero esa noche no tendría porqué hacerlo. Estaba trabajando y no merecía mis lágrimas. Ya no.

—¿Me oyes? Tus padres han estado aquí, me han localizado, me han dicho que te han estado llamando y que no les contestas. Habían pensado que estarías conmigo. Me han registrado la casa y me ha golpeado uno de sus matones hasta que han entendido que no mentía, que no sé nada de ti desde que juré no volver a acercarme. Tampoco he querido facilitarles este contacto. ¿Qué está pasando, joder?

—¿Q-Que han hecho qué? —No di crédito. Era una locura—. ¿Y de cuál juramento me estás hablando?

—¡No importa! Te lo contaré en cuanto nos veamos, ya no merece la pena callar más. No es necesario. ¿De qué has huido!?

—De todo. He decidido dejar atrás una vida en la que, a pesar de todo, no estoy cómoda. No soy libre. No voy a volver. —Me cubrí con la sábana y cerré los ojos—. ¿Estás bien, Bryan?

—Sí, son sólo algunos rasguños. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

¿¿Por qué dolía aún oír su voz!?

Si ya había pasado página y no podía volver atrás.

—Mejor de lo que me dejaste —escupí con amargura—. Ahora que ya lo sabes, no vuelvas a molestarme, ¿vale? Sigue con tu vida como desde hace dos meses que desapareciste sin explicaciones de la mía. Te perdí la pista, no finjas necesitar saber de mí.

—¡No finjo, es que lo necesito! —Me aparté el teléfono del oído, gritaba demasiado. ¿Sería cierta su desesperación? ¡No caería en su trampa!—. ¡No tienes ni idea de nada, maldición!

—Y prefiero que así siga siendo. Has tenido tiempo para demostrar lo contrario y no te ha dado la gana. Ahora es tarde. Tengo que dejarte, estoy trabajando. No volveré a responderte, Bryan.

—Violeta, espera, ¡quiero verte! Tenemos que hablar, por favor.

—No. —Me limpié las dos traidoras lágrimas que revelaban mi estado—. Te quise tanto que jamás te perdonaré que me abandonararas.

—Me amabas, ¿ya no lo haces?

—No lo mereces. Aposté todo por ti, peleé sin rendirme y no me sirvió de nada. Cuando conseguimos tener la libertad por la que tanto batallamos, te esfumaste. De la noche a la mañana,

sin explicación.

—No es verdad, las cosas no han sido tan fáciles como te imaginas. Voy a buscarte, Violeta, tienes que escucharme, por favor.

—No vas a encontrarme. Ahora la que no quiere verte soy yo.

Apagué el teléfono y di un golpe en el colchón. Lo maldecía por estropear una noche tan decisiva, pese a que se podría interpretar como una estupidez mi reflexión. Pero era cierta, había descubierto otra parte de mí y no me disgustaba. Me había sentido poderosa hasta hacía escasos minutos, sin embargo, si Bryan perseguía mi pista estaba completamente perdida. ¡Tenía que hacer algo! No podía permitirme caer en sus redes. Había sufrido demasiado por aquella historia.

Ideé un plan, loco, como todas las decisiones tomadas a lo largo de la semana. Me hallaba en el lugar indicado y, contra mis propias prohibiciones y limitaciones, tenía que aprovecharme al precio que fuera necesario. Y temía que fuese uno muy alto.

—¿Alguien tan especial como yo? —Apareció Enzo. Me limpié las lágrimas enseguida—. No te avergüences de mostrar tus sentimientos. ¿Todo en orden?

—Es rabia, sólo eso. Perdona por los momentos desastrosos de esta noche. No tendría que haber respondido. Lo siento.

—Por la noche no te preocupes, siempre se puede repetir y mejorarla, ¿no? A mí me encantaría.

Casi me hizo reír y me invitó con la mano a que lo acompañara.

—Me gusta esa sonrisa, mi amigo se volverá loco cuando le cuente la suerte que he tenido al conocer a alguien como tú, en una página donde esperaba todo lo contrario. —Me sorprendió su confesión—. Apuesto a que se moriría por disfrutar de tu compañía tanto como de tu cuerpo. Sé que esto es sólo sexo, pero hay algo en ti que me incita a querer descubrirte como persona.

—No creo que sea posible.

—Lo veremos. Ven, quítate la sábana, déjame verte.

—¿Sabes? —retomé el tema con un suspiro. Era mi oportunidad para obtener más dinero fácil y rápido. La suerte volvía a estar de mi lado—. Mis amigas dirían lo mismo que tu amigo.

—Más cosas en común. —Rozó mi boca con su pulgar. Me estremecí—. El mío ha intentado estar aquí, pero se lo he prohibido.

—¿Y por qué? —quise saber, nerviosa.

—Tras nuestra conversación telefónica de esta mañana; he deducido que no era tu rollo. ¿Me equivoco?

Tragué saliva, encogiéndome cuando me despojó de la sábana de seda. Se separó y me miró a los ojos. No mostré debilidad, aprovecharía mi vocación de actriz para jugar mis cartas, aunque sin saber porqué, aborrecía mentirle. Trataría no sólo de ser convincente con mi respuesta, sino seductora. Me jugaba mucho.

—No lo sé, nunca he experimentado.

—¿Y querías hacerlo? —Entrecerró la mirada—. ¿Es eso lo que me estás pidiendo? No seas tímida, Violeta, ya has demostrado todo lo contrario en la cama.

—¿Me pagarías más?

—Así que se trata de dinero. —Chasqueó la lengua—. ¿Cuánto pedirías? Aunque no sé si quiero compartirte.

—Pero sí complacerme —lo reté, mostrándome coqueta y hundí los dedos en su pelo—.

Quiero el triple.

—¿Estás segura?

—Me gustaría experimentar y jugar un poco antes de marcharme. Que me enseñaras más, así lo has prometido.

—Bien. No quiero que te vayas sin sentirte saciada en todos los sentidos. Pero no olvides a quién le debes más atención. Demuéstrale a ese insensible que las chicas de compañía no sólo sois un cuerpo y una cara bonita. Espérame en la bañera. No tardo.

Si alguien me hubiese preguntando por qué lo hacía o el motivo de mi cambio de actitud, era fácil. Después de los sentimientos que Bryan con su llamada había vuelto a despertar en mí, quería huir lejos de Nueva York. Lo tenía claro. El tiempo se me agotaba.

Cuando tuviera ahorrado lo suficiente iría a España, donde residía mi abuela materna. Necesitaba dinero rápido y Enzo Parker lo tenía. Con todo el pesar de mi alma... me aprovecharía. Estaba tocada emocionalmente y por qué no decirlo, casi hundida de nuevo.

Ya en la bañera me sumergí hasta el cuello, aprovechando el silencio para relajarme. Pero la llamada de Bryan no me lo permitía. ¿Por qué cuando encontraba mi camino tenía que aparecer para entorpecerlo todo!/? No podía saber a qué me estaba dedicando. Mi familia lo perseguiría y sería un escándalo que no podría soportar. Con el peligro acechándome entendí que no quería decepcionarlos tanto, no sólo a mi familia, siendo sincera; tampoco a él. A pesar de que cada uno de ellos habían contribuido muchísimo para que, de una manera u otra, sin querer o no, me hundiera, no podía ser tan cruel.

—Listo. Conociéndolo... no tardará en llegar —me informó Enzo al entrar—. ¿Bien?

—No quiero hablar de ello. —Y fui directa al grano—. ¿Me vas a pagar antes de que llegue tu amigo?

—Vaya, detrás de esa tierna carita se esconde mucho interés.

—Tendrías que haberlo deducido si trabajo en esto.

—No te enfades, bromeaba. Y no lo deduzco, ¿sabes por qué? —Se sentó en el borde de la bañera y me rozó la rodilla. Me encogí—. Porque sigo pensando que no has acabado aquí por placer, sí por necesidad, aunque hayas terminado gozando.

—Buena reflexión.

—Entonces no voy mal encaminado, ¿no?

—Quién sabe.

Impulsé el cuerpo hasta que sus dedos descansaron en mi clítoris.

—Págame y te aseguro que no os vais a arrepentir.

—Me gustaba más la chica que ha llegado hace unas horas.

—He aprendido rápido —contraataqué, enterrando mis emociones. Así tenía que haber actuado desde el principio—. ¿No es lo que pretendías? Con menos de una noche te ha bastado.

Noté su desconcierto cuando se retiró, todavía iba con la toalla envuelta en su cintura. Me sentí mal, pero era necesario. ¿Para qué encariñarnos? Era surrealista.

—Voy a preparar tu dinero, sal cuando estés lista.

—¿Para irme? —Me alarmé.

—No, para que te follemos mi amigo y yo como en el fondo estás deseando. —Y antes de salir, añadió más seco, hosco—: Ya debe de estar por llegar. No nos hagas esperar, por favor.

Me mordí la lengua... No tenía derecho a reclamarle su actitud cuando yo misma había

provocado su cambio. ¿O quizá era así? No lo conocía de nada y a veces las primeras impresiones podían ser equivocadas. Daba igual. Yo estaba hecha un lío, mi cabeza no se hallaba ya con él, con ellos... y únicamente quería que el reloj corriera e irme.

Capítulo 3

Terminé de enjabonarme, de eliminar el aceite que todavía conservaba en la piel y, envuelta en el albornoz negro del hotel, crucé directamente a la habitación en la que se encontraban mis cosas. Ahí estaba el segundo sobre, en el mismo lugar. Y encima de la cama; un conjunto de ropa interior. ¿Lo había preparado Enzo?

No quise hacerme más preguntas. Me lo puse sin más, también era negro, con encajes. Al mirarme en el espejo y ser consciente de a qué estaba a punto de enfrentarme, me mareé. ¡Nunca había hecho tantas tonterías juntas! Y menos... por dinero.

—Guau. Sí, es cierto, es un bombón. ¿Hola?

Me giré enseguida para descubrir al autor del piropo.

Era un hombre totalmente diferente a Enzo. Se trataba de un rubio de ojos azules. Con una mirada bastante más lujuriosa que el primero. Por su manera de vestir deduje que también trabajaba en algo relacionado con importantes negocios.

—Liam Cooper, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Violeta Meyer —musité y di un paso atrás.

—Eh, no, yo no me ando con preliminares.

Acortó la distancia, me empujó contra la pared y me subió sobre su cintura. Intenté gritar, pero ni la voz me salió debido a la sorpresa. Él reía... encarcelándome las manos por encima de la cabeza.

Por primera vez, esa noche, sentí pánico. No miedo. Pánico.

—Por cierto, bonito nombre —apuntó.

—¿Q-Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? No he venido a perder el tiempo, bombón.

Miró hacia abajo, se sacó un preservativo, se desabrochó el pantalón con una habilidad que me sorprendió debido a la difícil postura y, se lo enfundó en su enorme miembro. Me echó la braguita a un lado, me cogió del mentón y mirándome a los ojos, me penetró. El primer impulso fue golpearlo, hasta que un extraño placer me sometió y sólo fui capaz de sostenerme a sus hombros y dejarme guiar por él.

—Te gusta, ¿eh? —se mofó, buscando mi boca.

No sabría qué decir.

Su fiereza me atrapó hasta incluso sorprenderme. Me sentí mal por mi comportamiento, sucia, pero no pude parar. Me embestía tan duro que el dolor se mezcló con el morbo y me rendí, entregándole mi boca con la misma desvergüenza que mi cuerpo.

—Liam... —Enzo se interrumpió en seco. Su amigo y yo miramos a la vez sin que éste detuviera el imparable ritmo de su cadera—. No sabía que ya habíais empezado.

—Ya me conoces. La paciencia no es una de mis virtudes. ¿A qué esperas para unirme? —lo invitó el rubio.

Intimidada por la situación, me di cuenta de mi error, pero fue demasiado tarde. Liam me sostuvo en peso para que Enzo se encargara de mí por detrás. Un chillido agudo salió de mi garganta al sentir que, ambos y al mismo tiempo, me penetraban.

—¿Quieres más? —me susurró Enzo al oído. Asentí entre gemidos, rodeada de gruñidos, caricias. Placer—. Entonces muévete, cielo.

Lo obedecí y me dejé llevar como me había aconsejado Cloe. Ella tenía razón. Mi cuerpo supo qué hacer. Cada uno de mis sentidos supieron cómo responder.

—No la molestes, ha quedado rendida —escuché que Enzo le decía Liam, mientras yo fingía que dormía—. Voy a pedirle algo de comer para cuando despierte.

—Qué caballeroso. Yo termino de vestirme y me voy.

—De acuerdo, mañana te llamo y cuadramos la agenda.

—Claro. Oye, mejor noche de bodas no podías haber tenido, eh.

La mofa de Liam me molestó incluso a mí.

—Será mejor que ya no estés cuando salga de asearme —le advirtió sin un atisbo de broma—. Hoy no estoy de humor para tus tonterías. Y procura no recordar este episodio en horas de trabajo.

—Por supuesto, socio.

Creando que me había quedado sola debido al profundo silencio que inundó la estancia, me incorporé sobre los codos en la cama. Joder, joder. El rubio me sonrió, seguía ahí... poniéndose la corbata.

Me alarmé al verlo caminar hacia mí y arrodillarse encima de mi cuerpo, obligándome a tumbarme de nuevo.

—Dime que me llamarás cuando Enzo no lo sepa —pidió, picarón—. Dime que sí.

—¿Qué?

—Que me muero de ganas por estar contigo, pero a solas. Me encanta esa inocencia mezclada con una timidez que olvidas en el sexo. Quiero más, Violeta, sólo un poco más.

Desvié la mirada, la que pronto se llenó de lágrimas. Me sentía culpable por haber aceptado el trío, por haber defraudado de alguna manera al hombre que me había recibido con tanta generosidad y, para colmo; estaba a punto de aceptar la descarada proposición de su amigo cuando a él todavía le debía una respuesta parecida.

Quedar de nuevo.

«*Por la noche no te preocupes, siempre se puede repetir y mejorarla, ¿no? A mí me encantaría*», había dicho Enzo hacía un rato.

—Será mejor que me vaya. Sé cómo contactarte y no dudaré en hacerlo —aseguró con voz ronca—. Perdona que te deje así, pero no sabría cómo hacer desaparecer esas frágiles lágrimas. Estoy hecho de otra pasta, preciosa, lo siento.

—Será lo mejor y no tienes por qué disculparte.

—Espera mi llamada, bombón y recíbeme sonriendo, por favor.

Me conmovió que dejara a un lado la frialdad de la que alardeaba para despedirse de mí con un beso en la frente.

¿Estaba soñando esa noche o era real?

Lo era. Lo recordé cuando lo vi irse con el móvil en mano. El nombre de Bryan volvió para romper la poca armonía que todavía conservaba después de entregarme a dos hombres a la vez. La

culpabilidad se multiplicó y el llanto se desató abiertamente.

—Odio reconocer a la chica que me sorprendió hace horas en este estado. Vulnerable, rota, nada interesada.

Ahí estaba el extraño caballero; descalzo, con pantalón, sin camisa y una bandeja de comida que depositó en la cama. Me ofreció sentarme, cubierta con la sábana y me dio un sándwich mixto. Olía bien, el estómago lo tenía vacío, pero el apetito era escaso.

—¿Por qué me tienes que tratar así? —le reproché casi deseando lo contrario—. Esto era un trabajo y ahora te estoy agradecida. Al mismo tiempo me siento mal por haberte hecho creer que era de otra forma y lo soy, porque me he comportado como nunca imaginé. Confieso que me ha gustado estar contigo, pero también experimentar.

—¿Y qué?

—No lo entiendes...

—Has descubierto más de ti, no tienes porqué sentirte así.

—Mi vida se ha vuelto un caos en un día. —Cerré los ojos momentáneamente y suspiré—. No te lo puedes imaginar.

—¿Por qué no me cuentas? —Miró el reloj y me acarició la mano. Su ternura me conmovía—. Nos quedan tres horas, aprovechémoslas.

No supe cómo se las ingenió, pero consiguió que le hablara de mi familia, de lo que me había empujado a largarme de allí. De Bryan y de la llamada de esa noche. De mis planes de huida. Él oía con atención, haciéndome sentir importante, cómoda, valorada. Gracias a Enzo Parker había pasado por distintos estados de ánimos; reconociendo mis necesidades, conociéndome más a mí misma.

Una noche de descubrimientos y no sólo hacia mí, también por ellos; Enzo y Liam. Eran diferentes y especiales. Sus personalidades enganchaban. Uno por su saber estar, ternura, comprensión. El otro... por la desgarradora pasión, distancia.

—No es justo que te marches porque tu ex ahora quiera volver. No permitas que domine tu mundo cuando eres dueña de él.

—Lo sé, pero si descubriera en qué estoy metida; mi familia también lo sabrá y nunca me lo perdonarán.

—Te lo repito, tienes que ser dueña de tu vida, sin temores. Si quieres ser actriz; lucha por tu sueño, no te rindas, Violeta. Y si esta nueva aventura además de aportarte dinero, el que necesitas, también te hace sentir viva, ¿por qué rechazarla?

—Quizá sólo me lo haya planteado por la compañía de hoy —confesé, levantándome de la cama para vestirme—. Ha sido una buena experiencia, pero no siempre tiene que ser así. No sé qué me encontraré a partir de mañana.

—Entonces ven al mismo lugar cada noche.

Su propuesta nos enmudeció a los dos. Él incluso desvió la mirada con gesto contenido. No supe cómo reaccionar y recogí mis pertenencias cuanto antes. Me adecenté, eché una última ojeada al reloj y me coloqué enfrente. La mezcla de sentimientos que experimentaba mi corazón era demoledora. Y presentí que no era la única. Pues Enzo se dejó llevar, lanzó con violencia la bandeja que habíamos vaciado al compartir confidencias y, se posicionó a mi altura.

—¿Te volveré a ver? —me preguntó, enredando las manos en mi pelo. Parecía desesperado. Había encontrado apoyo en mí.

—N-No lo sé.

—Quédate un rato más.

Recordé las frases de Alexa y Cloe; el tiempo que ya estaba a punto de agotarse y las claves de éste para un trabajo como el nuestro. Tenía que irme a las 05:00 y eran las 04:59. No podía alargarlo más o me arrepentiría. Me mordí el labio y susurré:

—No debo... Sólo unos segundos.

Mi primera experiencia en esa nueva etapa había sido positiva, intensa, marcándome más de lo que había imaginado alguna vez. Y no sabía si quería más. Estaba confundida. Enzo me había tratado justo como necesitaba, enseñándome que todo no tenía por qué ser blanco o negro, también había grises. Pero Bryan me reclamaba y mi corazón ya sufría al recordar lo perdido.

Capítulo 4

Esa madrugada, al llegar a casa, me quedé dormida enseguida, pero cuando desperté sobre las tres de la tarde; le conté la historia con pelos y señales a mis amigas. TODO, no censuré nada.

—La verdad, no me lo esperaba —dijo Alexa, la más veterana en ese mundo—. Llevo dos años en esto y nunca he tenido tanta suerte. ¿No nos estás engañando?

—Claro que no, yo también estoy sorprendida, entre otras cosas.

—Te esperabas algo horrible y en este trabajo también conoces a gente maravillosa —intervino Cloe—. De hecho, pocas veces he tenido una mala experiencia. El mes pasado, cuando cumplí los veinticuatro años, un cliente me hizo una fiesta, aunque ya sabéis que yo no me presto nada más que a eventos. Soy lo que dice la palabra: chica de compañía. Oye y sin sexo nos lo pasamos bien esa noche.

—Ya —comenté, pensativa—. ¿Vas a salir, Cloe?

—Sí, he de visitar a mi padre en la clínica. Está mejor.

—Qué bien.

—Sí, *bye*, chicas.

Alexa se mantuvo en silencio, entonces me atreví a preguntar:

—¿Por qué me miras así?

—Porque me da pena verte en esta situación, ahora que yo salía... y puedo montar mi propio negocio... Si incluso ya he visto un local. ¿Por qué no haces un curso de peluquería? Podrías estar allí conmigo, ¿qué te parece? Hasta que encuentres algo de lo tuyo.

—Como chica de compañía ganaré el dinero mucho antes y entonces me iré, no quiero que Bryan me encuentre.

—Es tu rabia la que está hablando, te conozco, Violeta.

—Me gustó lo que viví anoche.

—Y no lo discuto, pero porque no tienes a Bryan, ni a tu familia. Tampoco trabajas en lo que quisieras. Te sientes vacía y has encontrado una vía de escape. Dinero fácil, sexo, fantasías. Pero todo eso no es real y tiene fecha de caducidad.

—No voy a seguir hablando de esto y punto.

—De acuerdo, entonces mira la web. Hay una notificación para ti. Por cierto, no hace falta que me pagues el porcentaje por...

—Lo sé, lo sé. Gracias.

Corrí a mi habitación, encendí el ordenador y leí el mensaje. Traté de mantener la mente en blanco, de arrinconar a Bryan, a mis debilidades y culpabilidad. En cuanto supe quién me escribió, lo conseguí.

El dueño del mensaje no era Enzo como esperaba. Era Liam Cooper. Me había dejado una dirección, el número y la hora. Daba por hecho que asistiría a un encuentro que, sin mi consentimiento, había planeado. No se trataba de un hotel, ¿entonces? Al final de los datos también anotó un contacto para que pudiera llamarlo.

Y fue lo que hice.

—Liam Cooper, ¿con quién hablo?

—Violeta Meyer, ¿qué te hace pensar que aceptaré tu propuesta?

—Bombón, qué alegría de escucharme. —¡Maldito creído!—. Pues porque te pagaré el doble de lo que pides si juegas conmigo a algo que me encantaría probar contigo.

Tenía razón. Otra oportunidad complicada de rechazar.

—¿Qué quieres probar? —pregunté, dándome por vencida.

—Ven a descubrirlo.

—Espera... ¿hola?

¡Me había colgado!

—¿Vas a ir? —me interrogó Alexa, sorprendiéndome con su presencia. Me estaba espiando desde la entrada de mi habitación.

—Ya habías leído el mensaje, ¿verdad?

—Estoy preocupada por ti.

—¡No tienes derecho!

—Nos conocemos desde que éramos unas niñas, Violeta. Tus padres han cuidado de mí en ocasiones, ya que los míos preferían meterse mierdas. Entré en este mundo obligada por las circunstancias, pero tú no tienes porqué hacerlo.

¡Siempre lo mismo! ¡Qué sabía ella! Me levanté, ignorándola, abrí el armario y escogí un discreto vestido negro.

—¿En serio, Violeta?

—Basta, por favor. No cuestiones más mis decisiones y apóyame como yo lo hice contigo. No me mires así, lo siento. No me hagas sentir más sola aún.

—De acuerdo. —Hizo una pausa—. Mándame la localización al llegar, ¿vale? Quiero saber dónde estarás. No tengo ubicada esa dirección. ¿De qué se tratará?

De un local.

Liam Cooper me había citado en un local que no tenía nada fuera de lo común. No lo vi al entrar y me pedí una copa, estaba tan nerviosa que incluso la dejé a elección del camarero. Tenía que haber gato encerrado, la picardía que Liam mostró no era como la de Enzo.

Éste no se había puesto en contacto conmigo, ¿decepcionado quizá por no concederle algo más de tiempo?

—Estás aquí, bombón —me susurró Liam en el oído, desde atrás.

—S-Sí.

—Toma.

Se colocó a mi lado y mirando hacia abajo, escondiendo sus manos con la barra del bar, me enseñó el dinero. Eran billetes grandes. Tragué... con un nudo en la garganta, sin quitarle ojo hasta que los contó uno por uno. Luego los metió en mi bolso y me exigió que lo mirara a él. Me sonrió antes de besarme ligeramente los labios.

—Ven conmigo, Violeta, quiero desvelarte el juego.

No me dio tiempo a beberme el resto de la copa cuando Liam me condujo a una sala, una de muchas que había entre los múltiples pasillos que escondía el bar. Entramos y parecía vacía, algo que me extrañó, pero había una cortina a la izquierda.

—Ahí detrás, hay gente. —Señaló hacia aquella dirección—. Y van a ver cómo te follo hasta que grites que me detenga. Ellos se tocarán y tú te excitarás rápido sin dejar de reclamarme más y más.

—Espera —le pedí, agobiada.

—¿Qué sucede?

Nunca he hecho algo así —confesé a punto de echar a correr.

—Pero te gustará. Fantasías, Violeta, fantasías. Déjate llevar.

—No sé si seré capaz.

—Hiciste un trío, dime que no lo disfrutaste. —Me quedé callada. La respuesta sería contradictoria—. ¿Abro?

—Espera. Dame unos segundos, por favor. Unos segundos.

«*Te sientes vacía y has encontrado una vía de escape. Dinero fácil, sexo, fantasías. Pero no es real y tiene fecha de caducidad*». ¡No era verdad! Odiaba que retumbaran esas palabras justo en ese instante.

—Adelante —le di permiso, furiosa.

Rostros desconocidos nos observaron con asombro al descubrirse la cortina. Estaban detrás de un grueso cristal y no podían pasar.

Liam no fue menos impaciente que la noche anterior.

Allí nos encontrábamos de nuevo, en esa ocasión él era quien me embestía por detrás, no Enzo. Mis pechos contra el cristal en los que, a través de éste, nuestro público fingía tocarme como lo hacían los dedos del rubio que me sometía sin pausa alguna. Al principio sentí pavor, pero una vez más y sin saber cómo frenar, caí rendida en la tentación de aquel oscuro juego al que me había prestado.

Cinco horas después, cuando volvía a casa en taxi, reviví las tórridas escenas. No olvidaba las caras de las chicas y los chicos excitados, masturbándose por nosotros. Me parecía un sueño, no me reconocía ya pasado el momento. ¿En qué me estaba convirtiendo?

Pagué al taxista y miré la hora, era las tres de la madrugada. Estaba agotada, pero el ascensor seguía estropeado y me tocó subir por las escaleras. Estaba deseando llegar a casa, pero el destino volvía a sorprenderme y de qué manera. Me sentí morir.

—No puede ser —susurré a punto de desfallecer.

En el último escalón, sentado y con la cabeza apoyada en las rodillas, me esperaba un hombre, uno diferente al de noches atrás, Bryan.

Capítulo 5

—Violeta, ¿estás aquí? —Dudó al escuchar pasos. Entonces levantó la cabeza—. Eres tú. Estás aquí. ¡Maldición, necesitaba verte!

Se incorporó y me atrapó con sus fuertes brazos.

Pero no permití que, por estar en ese lugar donde siempre me había sentido tan segura, me ablandara. Luché por separarme, aunque fue imposible, encontrándome con su miedo al observarme.

—¿Estás bien? —insistió, examinándome—. ¿¡Estás bien!?

—S-Sí.

No pude dejar de mirarlo. De compararlo.

Bryan era una mezcla de los dos hombres que me habían marcado en los últimos días. Moreno, pero de ojos azules. Su vestimenta no era tan impoluta como la de los empresarios, sin embargo, nunca me había importado que nuestras posiciones fueran tan diferentes.

—Tenemos que hablar, por favor.

—¿Cómo me has encontrado, Bryan?

—Es lo de menos, cariño, ya estoy aquí.

¡Cínico! ¿Cómo me seguía llamando así? ¿¡Cómo se atrevía!?

—No quiero saber nada de ti, ¿no lo entendiste por teléfono?

—No quise hacerte daño, maldita sea. ¡Te protegía! ¿No lo imaginas ahora que estoy de vuelta? ¿No te preguntas por qué, justo cuando sé que no estás con tu familia, aparezco en tu vida?

—¿Q-Qué quieres decir? —Negué con la cabeza, no quería creerlo—. ¡Me estás mintiendo y todo por volver a tenerme bajo tus redes!

—¿Alguna vez he actuado egoístamente contigo, Violeta? —Le di un manotazo y me alejé—. No te imaginas lo que me duele que no permitas ni que te toque o te abrace cuando muero por sentirte.

—¡Basta! Habla y vete, Bryan.

—Esto es una pesadilla, ¡peor que la que ya he vivido!

Se volvió a sentar y, abatido, me pidió que me situara a su lado, en aquella escalera solitaria en la que nos reencontrábamos después de más de dos meses sin saber del otro. El pecho me dolía, pero intenté ocultarlo. Temía escucharlo y darme cuenta de que no mentía.

—Te quiero, Violeta, no he dejado de hacerlo. —Miró hacia su derecha, a mí. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Era real—. Cuando por fin tus padres permitieron que un simple empleado como yo, el de los recados, como ellos me llamaban, estuviera contigo, fue un teatro para que no volvieras a ponerte en contra de tu familia. ¿En serio iban a permitir que su única hija cayera tan bajo?

—No es verdad. ¡Te estás inventando esto!

—Mírame y dímelo tú misma. Me conoces.

—Ve al grano —exigí con un hilo de voz.

—Esa noche tu padre estuvo en mi antiguo apartamento ofreciéndome una cantidad importante de dinero si rompía la relación, y como no acepté, me amenazaron con dejarte sin nada. —¡Los

odiaba!—. Me sentí entre las cuerdas y tuve que renunciar a ti para protegerte. Me olvidarías y podrías seguir llamándote Meyer, disfrutando de las ventajas que tu apellido y, posición económica, te permitía.

—Así de fácil, ¿no? Qué equivocado estabas, no me hubiera importado perderlo todo, ahora no tengo nada, ¡nada! Sólo quería estar contigo, no que desaparecieras de la noche a la mañana y como despedida un mensaje. ¡Te esperé por semanas! Lloré noches, días, dejé de ir a trabajar. Luego regresé y me di cuenta de que así no podía vivir más, siguiendo a los demás y me revelé contra todos.

—No tenía ni idea de tu decisión o me habría quedado contigo. Luchando por lo nuestro, por eso estoy aquí. Ahora no hay nada que nos impida estar juntos. —Rehuí de su mirada—. ¿O sí?

Le acaricié los moratones que tenía en la mejilla y maldije a mis padres por ello. Bryan suspiró, me cogió la mano e intentó besarme, quise negarme, pero entonces pasó. Aquella boca embistió a la mía y entre lágrimas de culpabilidad, me abandoné a él. Lo anhelaba.

A él, a su boca, sus ojos. Sus brazos. Su forma de sostenerme...

Fue un beso precioso. Nos reconocimos enseguida, pero ya nada era como antes, yo guardaba secretos que le harían mucho daño y era mi deber protegerlo como él, con tanta valentía, había hecho conmigo. Ahí fui consciente de los errores cometidos. De mi traición. ¿Cómo había sido capaz de comportarse así? De ser una chica de compañía...

Se me había ido la cabeza. ¡Aquella mujer fría, sin escrúpulos, no era yo! Quizá si Bryan no hubiese existido podría haberme comportado así, sin remordimientos... pero enamorada... La imagen del trío se coló en mi mente y me destrozó. Me di asco. Pena.

—Para —supliqué.

—¿Qué pasa, cariño?

Lo aparté de un empujón, fingiendo estar indignada. Mostrándome tan fría como nunca antes. Como no sentía. Pero era lo correcto.

Lo mejor para ambos. Para él. No lo merecía.

—Sigue habiendo algo que nos separa —me lamenté, incorporándome. Me siguió alterado y de espaldas confesé—: Yo, Bryan, no quiero volver a verte. No me busques.

—¿No ves cuánto te amo?

—¡Cállate!

—¿Pero por qué!?

«*Porque me siento sucia. Porque me matan los remordimientos. Y no soy digna de ti*». Callé para no hacerle más daño.

—Porque ya no te quiero —musité sin mirarlo pese a su esfuerzo.

—Mientes, tu toque, tu beso y tu forma de mirarme han demostrado lo contrario. Dime que estás dolida, lo entenderé, que tendré que luchar por recuperarte porque sigues resentida y decepcionada. ¡Dime lo que sea menos esto, no te creo!

—Pues no hay otra verdad.

—Te conozco, Violeta.

—No, ahora no, Bryan, soy otra. Lo siento.

No se dio por vencido y me estrechó hasta que lo miré a los ojos.

—¿Has conocido a alguien? —masculló, desesperado.

—Es difícil de explicar. Vete, ¿vale? Es lo mejor para los dos.

—Para mí no hay nada mejor que esto, que tenerte. Te he pensado todas y cada una de las noches que hemos estado separados, y me niego a creer que la frialdad que ahora demuestra tu mirada sea cierta. Dime, por favor, que tu ternura no es de otro.

Ambos llorábamos y yo estaba a punto de rendirme, se me partía el corazón al sentir cómo destrozaba el suyo. Pero era por su bien. Lo decepcionaría. Me odiaría si supiera que trabajaba como chica de compañía. Lo amaba y lo extrañaba tanto como él me aseguraba a mí. Quizá demasiado y por ello tenía que dejarlo marchar.

—Vete, Bryan, olvídate de mí.

—No me pienso detener hasta recuperarte, ¿me oyes? Desde que me fui he anhelado tu perfume, tu sonrisa, tu voz. Lo felices que éramos hasta que tu maldita familia decidió que era muy poca cosa para ti. ¡No me resigno a perderte!

—Ya lo has hecho.

Me di la vuelta, abrí la puerta y cerré tras de mí.

Lo dejé allí, roto en tantos pedazos como como lo estaba yo.

—Deja de llorar, Violeta. Has pasado parte de la noche así y todo el día de hoy, Alexa y yo estamos preocupadas —me consoló Cloe, acariciándome el cabello—. ¿Por qué no le cuentas la verdad?

—No soportaría ver su desprecio —admití y me levanté del sofá. Era una muerta viviente—. Me tengo que ir, tengo un mensaje de Enzo Parker, ha solicitado verme.

—¿Vas a seguir con esto a pesar de todo? —me recriminó Alexa. Cloe le dio la razón. ¿¡Por qué no me dejaban en paz!?. ¿Por qué no asumes que ha sido un error entrar en ese mundo?

—Porque ahora ya no tengo nada más que perder y todo me da igual —murmuré con sinceridad.

—Háblalo con él.

—No me perdonará, Cloe. —Le dediqué una mirada asesina, estaba cansada de sus soluciones. Unas que no me servían y menos a esas alturas. Quería apoyo—. Nos vemos luego, es una cena, sólo eso.

En el encuentro con Enzo le conté cada detalle sobre Bryan, me desahogué mientras cenábamos en uno de los restaurantes más caros y bonitos de Nueva York. De fondo, el sonido de la lluvia era nuestra música. Pero no era una escena bonita, yo estaba hecha polvo.

—Y anoche quedé con Liam —confesé, rehuyéndole la mirada, aunque pronto volví a centrarla en él. Necesitaba conocer su reacción—. Venía de allí cuando me encontré con Bryan.

Enzo dejó a un lado el delicioso plato de carne que degustábamos y bebió vino. Se quedó sin palabras, con su actitud interpreté que no supo qué decirme. Llamó al camarero y pagó la cuenta. El apetito se había esfumado, como nuestra efímera conexión.

—Lo siento, mucho —susurré, limpiándome los labios con la fina servilleta—. Lo siento, de verdad.

—No tienes porqué hacerlo, no tienes porqué arrepentirte, es tu trabajo. Y déjame que te dé un consejo, no pierdas la oportunidad de tu vida por un error que estás a tiempo de enmendar.

—Gracias por todo, Enzo.

—Ha sido un placer. —Me regaló un cómplice guiño de ojo. Era increíble—. ¿Tienes como volver a casa?

—Sí, he traído el coche.

—Toma e inviértelo bien.

Me pasó un sobre discretamente y, antes de retirarse, me regaló algo; un beso de despedida. Sonreí con tristeza, también de alivio. No lo deseaba como días o noches atrás, las dudas habían desaparecido. Y aunque apenas lo conocía, le guardaba cariño. Por ello y sin que él lo supiese en ese instante, le mentí una nota en el bolsillo. En la que le anoté el contacto de alguien, con quien quizá, podría congeniar bien.

Darle lo que buscaba.

—Suerte, Violeta.

Le seguí los pasos con la mirada y, repentinamente, solté un inesperado quejido lleno de sorpresa. El moreno se cruzó en la puerta con otro hombre, éste nos espiaba. Bryan ni lo miró de cerca, sus ojos estaban concentrados en el sobre que conservaba entre mis dedos.

Capítulo 6

Lo primero que se me pasó por mi bloqueada mente fue escapar por la puerta trasera, no me sentía capaz de enfrentarme a Bryan. ¡No quería admitir en lo que me había convertido! Pero él corrió tanto o más que yo. Me interceptó antes de que pudiera entrar en el coche.

—¿¡Qué diablos significa lo que acabo de presenciar!?! —me exigió, sujetándome por el codo. Estaba desencajado.

—¡Suéltame, Bryan!

—No puedo —admitió, completamente roto—. Dime que lo que he visto no es posible, Violeta. Dímelo, por favor.

Me vine abajo, era inevitable esconder la verdad. No sabía mentirle, no a él, que me conocía incluso mejor que yo.

—Empecé hace unos días —confesé, dejándome caer en su pecho y lloré como un cachorro abandonado—. Era por dinero, pero no te puedo mentir y he estado... con dos hombres diferentes. Experimenté cosas de las que hoy me arrepiento, no entonces. No sé qué me pasó, me dejé llevar por la rabia, el rencor y el despecho. Bryan, yo...

—¿Qué estás diciendo, maldición. ¿¡Qué!?!

—Perdóname, todo esto es una locura. ¡No pensé que volverías...! Creí que no me querías, ¿y tenía que seguir llorándote? ¡No! Me he refugiado en el sexo, en nuevas experiencias. En fantasías que jamás había imaginado a tu lado, porque te quería sólo para mí y ser tuya únicamente. ¡Porque tú eras y me dabas todo lo que necesitaba! Me quedé sola y yo... ¡me confundí! No lo sé... ¡Lo siento!

—Por Dios, ¿qué has hecho, Violeta?

Se liberó de mi convulso cuerpo y me encontré de frente con el odio que tanto temía, con la tristeza que no soportaba ver. El hombre de mi vida lloraba como si fuera un bebé desamparado, horrorizado.

Y marcaba una distancia que me destrozó.

—¿Dónde ha quedado la inocencia de la chica que conocí hace casi cuatro años, el mismo día que yo cumplí veinticinco? —Negó sin dar crédito. Dolía—. ¿Cómo has podido hacer algo así? ¿¡En qué demonios te han convertido esos miserables con sus limitaciones!?!

—Escúchame...

—No me toques, maldita sea, no te reconozco. No quiero volver a verte nunca más. —Me faltaba al aire, quise morirme—. ¡El dolor que estoy sintiendo no lo experimenté ni el día que te perdí!

—¡Bryan!

Se esfumó cual lobo asustado en medio de la noche, abandonándome de nuevo. Me volví a quedar sola a pesar de estar rodeada de miles de personas y no lo soporté. Llamé a Liam, que no dudó en recibirme en una fría habitación de hotel. Esa vez cuando lo vi desnudo no sentí deseo, sí rechazo. El dinero en mi bolso, de un servicio pagado anticipadamente para una próxima cita, me quemaba, aceptarlo fue un error. Él lo había hecho para tener asegurado ese encuentro...

Y no podía. Yo había traspasado los límites... Mis límites.

Alexa tenía razón, me había refugiado en el sexo para olvidar la miserable vida que llevaba. Había buscado emociones al perderlo todo, a Bryan. Desde que éste se marchó no le encontraba sentido a nada y, al aparecer de nuevo en mi vida, entendía el motivo.

Me lamenté sabiendo que era muy tarde para nosotros.

—Bombón, por qué tan pensativa.

—No. —Evité que me desnudara—. No puedo hacerlo, Liam.

—¿Qué narices ha cambiado?

—Yo.

Mantuve la calma, una que ya no existía para mí y le devolví su dinero. Quería desaparecer. Dar marcha atrás en el tiempo.

Borrar lo vivido.

—¿Qué significa esto? —me reprochó duramente.

—Que no puedo estar aquí, ¿vale? —Di un paso atrás, suspirando—. No me guardes rencor, por favor.

—Esta no es una actitud madura. Ven aquí, Violeta, desnúdate.

—No —insistí, agobiada. No quería ni que me rozara—. Gracias por haber formado parte de esta aventura. Lo siento.

—¡Violeta!

Cerré a sabiendas de que no podía seguirme porque estaba desnudo. Bajé a toda prisa y me metí en mi coche. ¿Mi próximo destino?

Estaba muy claro.

Mi huida esa noche terminó en casa de mis padres, que se sorprendieron con mi llegada a las cuatro de la madrugada. La casa tan grande se me hizo pequeña, el agobio me acorralaba de nuevo para recordarme dónde y con quién me encontraba.

—Violeta, tesoro, has vuelto —me recibió mi madre, abrazándome—. ¿Estás bien?

—Buena, chica, no era tan difícil de entender. ¿Verdad?

—Depende, papá, ¿a qué me atengo aquí?

Ella, mi madre, Nicole, se separó de mí y miró con admiración al hombre de pelo blanco que seguía en la cama a pesar de mi presunta vuelta. Ellos me habían adoptado cuando apenas era un bebé, les debía todo, eran lo único que tenía en la vida junto con mi abuela, la madre de Nicole, que siempre me había tratado como necesitaba.

Sin imposiciones. Ni distinciones. Dejándome ser libre. Ser yo.

Con ella nunca había tenido que fingir.

—Ya lo sabes —empezó mi padre—. No voy a permitir nada que ensucie mi apellido. No serás actriz. Te seguirás encargando de ser la subdirectora de la empresa. Y te casarás con alguien respetado que sepa administrar la fortuna que heredarás algún día.

—Entonces me iré donde me acepten como soy, sin que me cueste hacer tonterías que destrozarían mi vida más de lo que ya está.

—No dramáticas, tesoro, tu padre tiene razón. ¿Qué dirá la gente?

—¿Os importan más las apariencias que nuestra felicidad?

—Te adoptamos para darte todo —me reprochó como siempre.

—Pero me ha faltado lo más importante, cariño y amor.

Mi padre señaló hacia la puerta con la frialdad que lo definía.

—Vete a dormir, Violeta, mañana verás las cosas con más claridad. No son horas para gilipolleces. Estás aquí y es lo que importa. El resto nos sobra en estos momentos.

—¿Como Bryan, no? ¿Cuál fue la frase exacta que le dijiste cuando quisiste comprarlo? ¿O qué gritabas mientras le pegaban?

—¿Qué estás diciendo? —replicó entre dientes—. Ni lo menciones aquí, ese tipo es basura para ti.

La pregunta enfureció tanto a mi padre que se incorporó. Mi madre lo contuvo cuando llegaba a mí con la mano en alto y... abierta.

—He intentado entenderos, ponerme en vuestro lugar, pero se acabó. ¡No sabéis quererme, ni valorarme! He estado a punto de convertirme en una persona sin sentimientos por vuestra culpa.

—¡Deja de hablarle así a tu padre!

—Pues vete al infierno con él.

—Violeta, vas a perder el apellido —me amenazó el respetado señor Meyer—. También la herencia y no serás nada sin nosotros.

—Será un placer, papá.

—¿Ese miserable te ha comido la cabeza?

—No, mamá —susurré, dando pasos hacia atrás. Alejándome—. Él no es como la persona con la que, desgraciadamente, te casaste.

—¡Vuelve aquí!

No lo hice, allí dejaba la carga que había guardado durante años en una mochila invisible. Fui consciente de ello cuando empecé a crecer, a dejar la niñez atrás. Pese a todo lo que parecía de cara a la galería, éramos una familia desestructurada. Me había rodeado de gente así. Como Alexa, que por culpa de la adicción a las drogas de su madre, su infancia se había convertido en un infierno. O Cloe... que quedó huérfana muy pequeña y vivió con su padre en un entorno donde predominaba el alcohol y la amargura tras la repentina pérdida. A las tres nos unía algo... de ahí nuestro fuerte vínculo.

Esa noche las entendí. Recapacité.

En apenas unos días había cambiado, experimentando no sólo emociones, sino nuevos sentimientos que me obligaban a madurar.

Me repudiaba, pero ya no podía hacer nada más que resignarme. Yo era la única culpable, por creer que podría ahuyentar los problemas buscando la independencia en un mundo equivocado. Mi libertad y felicidad empezaban y terminaban con Bryan Sanders. Con él había aprendido todo lo que sabía del amor, de la amistad, de la entrega.

Con él podía ser yo.

Me fui hasta casa entre lágrimas, pero las gotas no sólo procedían de mis ojos, afuera llovía bastante y la música de James Arthur me hacía compañía... Nunca me había sentido peor.

—Violeta, ¿eres tú? —preguntó Alexa al oírme llegar.

—Sí.

—Espera, enciendo la luz. ¿Estás llorando?

—Voy a preparar mi equipaje, quiero irme lejos de aquí.

—Pero ¿qué dices?

Mi amiga corrió a buscarme, pero seguí el camino hasta mi habitación. Saqué una maleta del armario y empecé a rellenarla sin orden.

—¿Así sin más?

—Tengo lo suficiente para el viaje, con lo que he ganado estos días puedo permitírmelo, me instalaré en casa de mi abuela y buscaré trabajo. Poco a poco encontraré estabilidad allí, he ahorrado lo justo para huir. Me saldré de la web y borraré toda mi huella de ese mundo.

—¿Y tu familia? —insistió, desesperada.

—No han cambiado de opinión.

—¿Bryan?

—No quiere saber de mí.

—¿Y nosotras? —La miré y me abracé a ella, llorando. Alexa también lo hacía—. No te vayas así, piensa bien las cosas.

—Vivir aquí me recuerda demasiado al error que he cometido.

—Eres humana, Violeta.

—Lo sé y también he sido una insensible, ¿me dejas un rato sola?

—Claro. —Me acarició la mejilla. Era como la hermana que nunca había tenido, junto con Cloe—. Pero no olvides que te quiero y que te apoyaré en cualquier decisión.

—Yo también te quiero, Alexa.

Me dejé caer en la cama, rodeada de ropa, zapatos, de un sinfín de bienes y recuerdos que me mortificaban en la que, por poco tiempo, había sido mi habitación. Allí alcancé el móvil y le escribí un mensaje a Enzo a través de la web. Era lo justo.

Gracias por todo, has demostrado ser el caballero que no merecía. No cambies nunca. Ojalá encuentres a la mujer que sepa estar a tu altura.

Luego no pude resistirme a la tentación y, antes de eliminar mi perfil de la web que Alexa administraba y publicitaba, le dediqué unas palabras a Liam Cooper. Ellos me habían ayudado y no sólo económicamente. Eran increíbles, guapos, casi perfectos, pero no eran Bryan.

Aunque vayas de duro... sé que eres noble. Espero que pronto dejes esa fachada a un lado y permitas que alguien rompa la coraza en la que te escondes.

Por último, llamé al número más importante. Al hombre con cada una de sus letras, el que volvió para romper mis esquemas de nuevo, mis planes, y me dejaba rota, pero mereciéndomelo.

—Qué quieres, Violeta. —Su voz era rara—. No son horas.

—Lo sé, sin embargo, estás despierto. ¿Qué haces?

—Bebiendo por la mujer que me ha partido el corazón.

Di una patada a la mesilla auxiliar, frustrada por el dolor que le causaba. ¡A él! Que había renunciado a mí para que no perdiera mi vida. No, no había mayor muestra de amor. Un amor sin egoísmos, sano. Lejos del tóxico que me rodeaba desde niña.

—Llamo para despedirme.

—¿Cómo? —masculló con un alarido.

—Que me voy, Bryan. Con mi abuela, a España, como planeamos tú y yo tantas noches. ¿Me podrás perdonar alguna vez?

Nos quedamos en silencio, pero dio un último suspiro o una calada al cigarro, no supe

identificarlo y, clamó sin apenas voz. Roto.

—¿Vienes a casa a darme el último beso, por favor?

Capítulo 7

Cuando me abrió la puerta... estaba casi desnudo, lloroso, furioso. Me tapé la cara sin saber cómo hacerle entender lo arrepentida que me encontraba. Era el final de una historia de amor con letras en mayúsculas. De las que no se podrían olvidar por muchas más que vinieran detrás. Era imposible sentir más admiración y amor por alguien.

—Si te hubiese tenido a mi lado —confesé, completamente hundida—, te juro que jamás habría pasado esto, Bryan, cariño... créeme.

—Pero has gozado —apostilló, apoyado en la puerta.

—Sí. Me he dejado llevar por el miedo a quedarme sola, por la desesperación, por la ira. No me hicieron sentir sola... Me refugié en ellos. Fueron amables, no me trataron como a una... —Alzó la mano para que no terminara la frase. Tenía el rostro contraído—. No me di cuenta de lo perdida que estaba. Me he equivocado y sé que es tarde.

—¡Maldición, Violeta, yo tampoco he sido un santo! Quería olvidarte a cualquier precio y he estado con otra una sola vez, ¡pero no he encontrado entre sus brazos lo que los tuyos me proporcionaban!

«Otra». ¡Dolió y mucho!

—Yo tampoco, Bryan, sí, les he dado mi placer, pero no mi corazón. —Intenté acercarme. Negó—. Es tuyo, te pertenece desde que llegaste a la empresa de mi padre como uno más para el resto, no para mí. Eras diferente y lo demostraste con el tiempo. Fuiste mi refugio.

—¿Por qué mi pequeña ha tenido que hacerse mujer así y con otros? —Me costó tragar. El corazón se me saldría del pecho—. Si cuando nos conocimos a pesar de tus diecinueve años, eras una niña.

—¡Jamás vuelvas a decir eso, tú me hiciste mujer! —repliqué, furiosa y acorté la distancia—. Contigo experimenté miles de fantasías en las que sólo estábamos tú y yo y no me hacía falta nadie más.

—Pero no ha sido suficiente.

—Lo era y lo es. Te voy a esperar, no me importa si se me va la vida esperándote. Pero dame algo de esperanza para soportar este pesar. Dime que podrás amarme de nuevo. Como antes. Como siempre.

—¿De nuevo? —repitió con sorna, negando con la cabeza. Di un paso más—. ¿Cuándo he podido olvidarte?

—¿Qué quieres decir?

—Si te vas sé que te perderé para siempre. —Me miró los labios, estábamos muy cerca—. El tiempo hace el olvido.

—Dos meses no han sido suficientes para que tú me borraras de tu mundo y, aunque no lo parezca, yo tampoco del mío.

—Lo sé. —Cerró momentáneamente los ojos y apretó los dientes—. ¿Sabes que es lo peor, Violeta? ¡Lo peor es que no puedo soportar el hecho de verte partir de nuevo!

Estiró la mano para que la aceptara y no dudé en hacerlo, olía a alcohol, pero nos fundimos en un apasionado y desconsolado beso.

Las lágrimas bañaban nuestras mejillas.

—Te he echado de menos —masculló con desesperación—. Eres tan joven y loca a veces, mi Violeta.

—Lo siento, lo siento.

—Basta, por favor.

Me llevó hasta su habitación y me depositó en la cama, empezó a desnudarse sin que yo dejara de observarlo. Sus ojos lacrimosos, su repentina sonrisa, su bronceada piel y los músculos de su cuerpo, captaron mi atención en ese orden. Me desarmaba frente al hombre que me había robado el corazón con sólo diecinueve años. Un mes bastó para que cayera rendida a sus pies sin mediar palabras. Diez meses para que fuera mío. Le daba miedo aceptarme por quién era yo... mis padres no permitían que ningún hombre se acercara a mí. De ahí que él fuera el primero y no precisamente a temprana edad.

Vivía en una burbuja.

—Violeta, quiero que seas mía, de nadie más. Como antes, como siempre —suplicó, repitiendo la frase, desvestiéndome lentamente. Asentí sin duda alguna—. No vuelvas a dejarme.

—Nunca, no lo soportaría.

Fue rozar mi cuerpo desnudo... y éste se contrajo de placer. La humedad se fundió por cada poro de mi piel, estaba desesperada por sentirlo. Por saber si existía alguna barrera entre ambos... Su lengua me recorrió desde los tobillos hasta los pezones, sin detenerse. Luego bajó y chupó, obligándome a arquearme cuando lo sentí entre mis piernas, succionando sin piedad. Sus labios me saborearon hasta que me corrí en su boca entre gritos que fueron imposibles de contener.

Le regalé hasta el último de mis quejidos.

—Hazme el amor, por favor —gemí, tocándolo con deseo.

—Dime que nadie te lo ha hecho, que sólo te han follado. —Me maldije una y mil veces—. Dímelo, por favor. Aunque sea mentira.

—Te lo prometo.

Se tumbó a mi lado y llorando ambos aún, me besó, sin calma, pero suave. Sin prisa, pero sin descanso. Me instó a apoyar la pierna encima de su cadera e introdujo su hombría sin protección en lo más hondo de mi feminidad. Grité y no sólo de deseo. Sino de arrepentimiento... Pero él insistió en tranquilizarme, mimándome mientras acariciaba cada centímetro de mi silueta con amor y pasión.

—Te amo —sollocé.

—Y yo —musitó contra mi boca—. Me iré contigo y dejaremos en Nueva York todo el daño que nos hicieron, que nos hicimos. Juro que haré hasta lo imposible por olvidar... que me fallaste, que te fallé.

Asentí moviéndome a su compás, uno lleno de armonía. De amor, de miles de «te amo» callados. Alcanzando al mismo tiempo y como sincronizados, el placer más intenso y profundo que se podía sentir cuando hacías el amor con alguien a quien amabas con toda tu alma. Con él no pedía *unos segundos*. Con él no quería un tiempo limitado.

—Necesito cuidarte y amarte toda la vida —confesó, apoyándose en mi frente—. ¿Y tú, Violeta? ¿Qué quieres tú?

—Entregarte cada segundo de la mía, Bryan Sanders, mi amor.

Epílogo

—¡Chicos, el desayuno está listo!

Sonríó... es el grito de cada mañana desde hace cinco años. El de mi abuela. La mujer más generosa sobre la faz de la tierra.

Miro a mi derecha y la sonrisa se me ensancha, suspirando al recibir una mirada cargada de ternura. La de Bryan. No ha sido una buena noche, no hemos tenido tregua, pero ¿cuántas veces soñamos con vivir algo así? Sí, justo en medio de nosotros; está Lena, fruto de nuestro amor. Apenas tiene cinco meses, pero ya es la reina de la casa, de nuestras vidas y, sobre todo, de los corazones que la rodean.

La niña mimada que nos sorprendió con su inesperada llegada.

Habíamos planeado ser padres un poco más tarde, pues después de más de tres años y medio luchando por mi sueño, por fin conseguía hacerme un hueco en una conocida productora que se encargaba de las series más importantes de España.

Tuve suerte y mi embarazo no fue un problema, lo adaptaron al guion y ahora no sólo soy madre en la vida real, sino en la ficción. Estoy tan feliz... Bryan empezó a ocuparse de todas mis gestiones y, a día de hoy, también en la de muchos rostros conocidos del medio de la televisión. Es un representante increíble.

—¿Qué piensas? —susurra Bryan, acariciándole la carita a Lena.

—En lo que hemos construido juntos.

—Y acabamos de empezar —insiste con la misma frase cada día. Le sonrío emocionada—. Estás preciosa, cariño.

—Todo te lo debo a ti, bueno... y a la abuela, que se queda algunas noches con Lena para que podamos descansar y vernos radiantes —bromeo y a Bryan se le escapa una carcajada con la que despierta a la pequeña. Ella sonrío, es muy simpática. Se parece tanto a su padre...—. Buenos días, cariño.

Se estira, patalea, busca el chupete.

Un día más agradezco lo afortunada que soy. He perdido mucho en el camino, incluso con Alexa y Cloe las cosas han cambiado; hablamos, nos adoramos. Nos visitan un par de veces al año, pero solas... Es lo mejor para todos, para dejar el pasado atrás como hasta hoy, ya que hay ciertos temas que prometimos no tocar...

—Esta semana tendremos más refuerzos —comenta Bryan, recorriendo mis facciones con sus dedos—. Llegan mis padres y mi hermano. Tu abuela está muy ilusionada. Los adora.

—Sí, vivir con ella fue la mejor decisión que tomamos. Le hacemos compañía y formamos una familia preciosa.

—Es así como quiero que sea toda la vida, Violeta.

—Y lo será —susurro, emocionada, uniendo las manos de los tres; la de Lena, Bryan y la mía—. Ya no hay dudas, mi vida.

—Siempre seré vuestro refugio.

—Siempre serás nuestro hogar.

Fin

Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de tres hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras. La trilogía *La chica de servicio* fue su primera novela, siguiéndole *Culpable*, *No Juegues Conmigo*, *No me prives de tu piel*, *Doble juego*, la bilogía *En plena confusión*. La serie compuesta por *Dímelo en silencio*, *Susúrramelo al oído* y *Confésamelo sin palabras*. Por último; Satisfecho siempre. Saciado nunca...

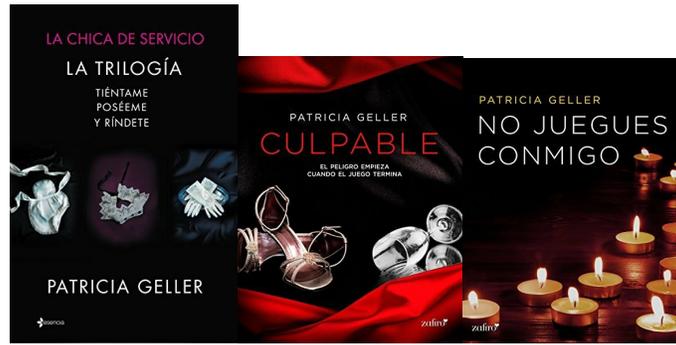
Y *Amanecer sin ti*. En breve verá la luz *Míenteme esta noche*.

En la actualidad ya tiene varios proyectos editoriales en marcha.

Descubre más de Patricia Geller en sus redes sociales y en su página web:

www.patricia-geller.com

Descubre todos los libros de Patricia Geller:



**P
C
G
BOOKS**